

El capitel tetramorfo de Córdoba

* * *

Por Juan A. BAILEN GARCIA

El capitel tetramorfo de Córdoba de los cuatro evangelistas es el arranque de un tipo de esculturas de figuras planas que se prolonga hasta la Alta Castilla, León, Galicia, Asturias, Cantabria, Aragón, Cataluña e incluso Aquisgrán y Arlés en Francia.

Este capitel cordobés (fig. 1) es el antecedente testimonial más antiguo de un estilo que se va a extender por toda España y parte de Francia llevado por los mozárabes andaluces, pero muy especialmente por los cordobeses, durante los siglos VI, VII, VIII y IX.

Ejemplo de ello, y como prototipo de esta escultura migratoria de raíz cordobesa con reminiscencias bizantinas, son las figuras iconográficas de los capiteles de la ermita de Santa María de Quintanilla de las Viñas (Burgos), tan entroncadas también con los relieves de San Pedro de la Nave y Santa Comba de Bande (figs. 2, 3 y 4).

Varias iglesias del Norte fueron construidas en su totalidad por gentes del Sur. Pero no exclusivamente iglesias, sino villas y poblados enteros como bien dice fray Justo Pérez de Urbel: «No solamente monasterios, sino villas y ciudades enteras se poblaron de mozárabes (...) Tanto en Portugal como en León, Galicia, Castilla, como en La Rioja, las cartas aparecen en las últimas décadas del siglo IX llenas de nombres árabes, que son de aquellos emigrados de Andalucía» (1).

La magnífica iglesia mozárabe de San Cebrián de Mazote fue construida por el abad cordobés Martín y sus monjes.

También las monjas fundan monasterios. Una tal doña Palmira funda el monasterio de Vieme, en Sanabria. San Miguel de Celanova fue fundado también por monjes cordobeses si bien se desconoce el nombre de sus constructores. Santa María de Lebeña es sin duda de raíz cordobesa. San Baudel

(1) Vid. PEREZ DE URBEL, Fray Justo, *Historia de España*, t. VI, Madrid, Espasa Calpe, p. 81.

de Berlanga, con su bovedilla de nervios cruzados de tipo cordobés, clama su origen mozárabe realizado, también, por monjes cordobeses.

San Miguel de Escalada, en León, junto con San Miguel de Celanova, en Orense, son, quizás, las dos edificaciones más característicamente andaluzas de los «nortes» de España. Los arcos de herradura de San Miguel de Escalada son, como dice Pijoán, «más andaluces que los de la misma Córdoba» (2).

Pero ese andalucismo cordobesista, se manifiesta también en el comportamiento vivencial en el que está presente la añoranza de unas costumbres que se trata de mantener; de aquí la permanente preocupación por los acontecimientos de la tierra de origen reclamando los restos de los mártires ajusticiados en ella, como el cuerpo de San Eulogio y otros. Así se mantenía viva la unión espiritual entre el pasado y el presente.

Pero los influjos del Sur pudieron llegar con más facilidad a los «nortes» de España en época visigoda cuando cae la valiente Orospea andaluza en manos de Leovigildo. Es entonces cuando el potencial místico de la Bética de San Isidoro de Sevilla se disemina por toda España y parte de Francia, proyectándolo también después en época árabe.

La cruz del museo de Arlés (Francia) (fig. 5), no puede negar la relación que tiene con el tetramorfo cordobés y los capiteles de Quintanilla. Hasta la temática simbólica de la cruz es hispánica: dos aves celestiales depositan la llama del Espíritu Santo sobre la cabecera de la cruz. Es, quizás, el espíritu que llevaron los emigrantes mozárabes cordobeses a los Pirineos dando origen a ese primer renacimiento europeo llamado «renacimiento carolingio».

El preponderante papel de Santa María de Ripoll –regentado por monjes cordobeses– en el renacimiento europeo, fue extraordinario a través de la traducción de obras árabes, adelantándose Ripoll en dos siglos a las traducciones toledanas.

Frente al desconcierto y barbarie de Europa, Córdoba desplegaba poderío y cultura en grado máximo que los países pirenaicos utilizaron para su propio florecimiento irradiando con eficacia sobre lo europeo» (3).

Si a esto unimos la raíz mozárabe cordobesa de la Marca Hispánica comprenderemos mejor esa rápida «hispanización» catalana que no es otra cosa que «andalucización» cristianorromana mozárabe. Así lo confirman las iglesias de Ripoll (primitiva), San Miguel de Cuixá, San Miguel de Olérdola, San Quirce de Pedret, Santa María de Marquet, San Julián de Buada y la iglesia mozárabe primitiva de Monserrat, donde se veneraban y aún se veneran los santos patronos de Córdoba, San Acisclo y Santa Victoria, siendo ejemplo de la semilla cordobesa en estas tierras nortenas. También los dos códices del «Comentario del Beato de Liébana al Apocalipsis», que se guardan uno en la catedral de Gerona y otro en la de Urgel, son obras capitales debidas a monjes andaluces emigrados a la Marca y Septimania.

Así pues, fue Ripoll «puente de salida» de la cultura hispanoisidoriana hacia esa, por entonces, lúgubre y retrasada Europa en la que Gerberto de

(2) Vid. PIJOAN, José, *Summa Artis*, t. VIII, Madrid, Espasa Calpe, p. 485.

(3) Vid. DEL ARCO Y GARAY, Ricardo, *Historia de España*, t. VI, Madrid, Espasa Calpe, pp. 526-531.

Aurillac, que más tarde fue Papa con el nombre de Silvestre II, sólo pudo hallar crímenes y barbarie en una turbulencia propia del atraso medieval en que se debatía. De aquí que el hogar de la cultura hispanorromana de aquende y allende los Pirineos esté en Ripoll, monasterio que seguía la magna obra de San Isidoro de Sevilla, enseñada y transmitida por monjes cordobeses.

Los cuatro evangelistas del capitel tetramorfo de Córdoba expandieron, como un símbolo cristiano, un estilo y una manera de ser que es hoy el alma de los pueblos que componen la España actual.

Es el alma de la Bética paleocristiana. El alma de sus hombres sabios y santos. El alma de San Indalecio, el apóstol cordobés del siglo primero. El alma de Osio, de Isidoro, de Eulogio y de tantos otros cuyas reliquias están hoy en todos los rincones de la España nórdica, llevadas por los andaluces que, al huir del Sur durante la invasión árabe, las pusieron a salvo al mismo tiempo que se hacían fuertes en Covadonga para iniciar la reconquista de la «patria perdida», aliándose con los bravos naturales de la región asturiana (4).

Más tarde, otros andaluces, en esa continua diáspora que duró siglos, siguieron afluyendo a los «nortes» hispanos llevando más reliquias santas y más bagaje cultural. Por eso está San Isidoro de Sevilla en León, San Eulogio y Santa Leocricia de Córdoba en Oviedo, San Indalecio en Jaca, la sevillana Virgen de Guadalupe en Cáceres, San Acisclo y su hermana Santa Victoria en Montserrat, Santa Justa y su hermana Santa Rufina, en Burgos, San Jorge, San Aurelio y Santa Natalia en París, donde se les da culto y honra. Y tantos otros que sus nombres no caben en esta pequeña reseña.

Y es que, al igual que hay una metafísica, hay también una metahistoria. Algo que está más allá de la historia escrita o por escribir. Algo que está oculto en lo más recóndito del alma de los pueblos. Y esta metahistoria hispana es parte del alma andaluza de San Isidoro y de los mozárabes cordobeses que conformaron la raíz primigenia de los pueblos que habitaron la Marca Hispánica y las otras Marcas. Son los «primi homines» de estas regiones (5).

Es por todo esto por lo que existe cierta unidad epigráfica y cultural en todas las regiones españolas junto a la similitud de estilo en la escultura que, como un nuevo mensaje evangélico, nos indica el capitel tetramorfo cordobés de los cuatro evangelistas, vigilantes simbólicos permanentes de la unicidad espiritual de España.

(4) Vid. PEREZ DE URBEL, Fray Justo, *op. cit.*, p. 29.

(5) Vid. DEL ARCO Y GARAY, Ricardo, *op. cit.*, p. 502.



Fig. 1.



Fig. 2.

1. Capitel tetramorfo de Córdoba.
2. Evangelista de Quintanilla de las Viñas.



Fig. 3.



Fig. 4.

Capiteles iconográficos de Quintanilla de las Viñas. Burgos.

*Fig. 5.*

Cruz merovingia del museo de Arlés (Francia).